

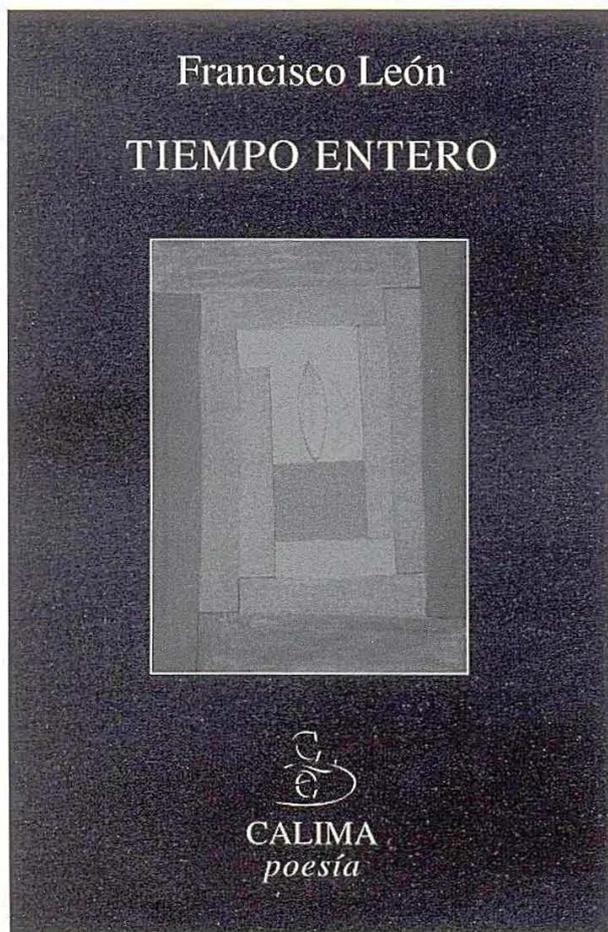
EL TRÁNSITO DE LA MIRADA

LIBROS

ALEJANDRO RODRÍGUEZ-REFOJO FERNÁNDEZ



Tiempo entero, Francisco León,
Madrid, Calima, 2002.



Ha trascurrido mucho tiempo, año y medio aproximadamente, desde la publicación de *Tiempo entero*, segundo libro de Francisco León, y durante ese largo periodo no he encontrado, en revistas o suplementos culturales, ni una sola recensión, siquiera una breve nota sobre el mismo. Semejante incuria crítica sorprende tanto más cuanto este libro, que logra en sus mejores momentos algo tan difícil como es el matrimonio de la pasión y el rigor poéticos, supone, a mi juicio, un soplo de aire fresco en la poesía española actual, que parece haber cedido, en su mayor parte, a los encantos de la queja fácil, de lo anecdótico y aun simplón.

Me gustaría destacar, por encima de los matices que este libro aporta al panorama del momento, el punto ciego que los enlaza: su forma de mirar el mundo. Una forma caracterizada por dos notas: la silenciosa celebración de la existencia y la aguda percepción de lo sagrado que la envuelve en todas sus manifestaciones, notas que, en realidad, representan dos aspectos inseparables



de una misma mirada. Debo aclarar, de un lado, que empleo la palabra *sagrado* en el sentido preciso que le han ido dando historiadores de la religión como Mircea Eliade, y de otro, que la labor de celebrar el orbe tiene su fundamento en esta concepción de lo real, y asume, por tanto (¿cómo podría dejar de hacerlo?), la trágica alegría de existir. Tal forma de mirar, o más exactamente, de contemplar el mundo –que implica, no lo olvidemos, una actitud ante la realidad y, asimismo, ante el lenguaje, es decir, una poética– conecta, sin duda alguna, con una visión mítica del mismo, que se encuentra en el polo opuesto a las maneras toscamente irónicas con que muchos poetas, hoy en día, se acercan a la potencia del mito.

No quisiera que se pensase, sin embargo, que esa mirada y esa actitud de las que hablo obvian el desarrollo de la conciencia histórica del hombre occidental, rehuyendo encarar el tiempo sin dioses que le ha tocado vivir, o implican, por otro lado, un alejamiento de lo concreto y cotidiano para instalarse en una esfera separada de la vida. Antes al contrario, asumen tal desarrollo y tal ausencia, pero desde la necesidad, cada vez más apremiante, de reintegrar al hombre en el cosmos del que forma parte, y esto lo hacen no escapando, sino yendo a la entraña misma del lugar que habitan, al centro de la vida, para aprender la ardua sencillez de sus lecciones, a la busca de “la transparencia misma de lo simple”. Todo ello confiere a este libro una modernidad incuestionable. Espero que baste, para apoyar mi juicio, señalar poemas como “Renace la mañana” o “Respuesta”.

No me puedo extender en este punto, pues el espacio no lo permite, pero no está de más preguntarse por qué esa visión mítica ha arraigado con tanta fuerza en algunos poetas insulares (en Vicente Valero o en Melchor López, por ejemplo), quizá los únicos del panorama poético español que han recibido y asumido la influencia de un Seferis o un Elytis.

La manera de mirar el mundo que preside *Tiempo entero* ha experimentado, en relación a *Cartografía*, primer libro de Francisco León, lo que podríamos llamar un tránsito. No un cambio en su forma, que en lo sustancial permanece fiel a los presupuestos que he señalado, sino, como digo, un tránsito que afecta de modo concreto a la evolución poética de este autor, en la medida que representa, quién lo duda, un avance en su trabajo creativo. Es revelador comprobar, en este sentido, cómo en la segunda sección del libro –“15 poemas ingleses”– el rigor constructivo, que siempre ha informado aquel trabajo, se alía de manera afortunada a la intensidad expresiva que constituye, sin duda, un elemento no menos importante de lo poético, fructificando en una serie de poemas magníficos que son, quizás a causa de su intensidad, determinantes de la calma que impregna la última sección –“Tiempo entero”–,



donde reaparece el teatro anímico insular, tras del paisaje inglés. El hecho de destacar tales series obedece a la función axial que cumplen en la breve obra de este poeta. Hecho reconocido por él mismo, quien, en la nota final al libro que nos ocupa, considera que los textos de sus dos primeras partes poseen *la vibración respiratoria* de su libro anterior, mientras que las dos últimas dan comienzo a un nuevo ciclo que, acaso, aún no ha terminado.

Pero el tránsito de la mirada al que me refiero puede observarse, además de en el paso de unos poemas a otros, dentro de los poemas mismos que configuran la última parte. En la nota prologal a *Cartografía*, Francisco León afirmaba que el paisaje era un elemento fundamental en su quehacer, junto al concepto de visibilidad, esto es, junto al designio radical de *ver* ese paisaje (Alberto Caeiro podría haber hablado de lo difícil que es realizar en su pureza esta simple acción: ver), dentro del presupuesto general que, siguiendo a Basil Bunting y a Pound, asimila poesía y condensación. Recordemos, a este respecto, que la mayor parte de los textos de este libro está integrada por composiciones breves, tankas y jaikús. Si bien tal planteamiento no deja de estar vigente en *Tiempo entero*, a medida que avanzamos en él comprobamos que su escritura no obedece ya únicamente a un afán de condensación extrema. Ahora el poema parece dejarse llevar por un impulso melopeico, extendiéndose, sobre todo, en la última sección del libro. Creo advertir en ello una deriva en que lo visual se vuelve musical: el ver está integrado ya en un ritmo.

Cuántas veces me he preguntado si no es ésta la evolución natural de la poesía, del hombre mismo: el tránsito lógico de una dimensión puramente espacial del mundo (visual) a una dimensión temporal (musical) que se superpone a ese espacio primigenio para fundar en él una mirada nueva, un latido verbal capaz de ver el ritmo de la vida y del universo juntamente, como ocurre, de forma ejemplar, en los *Cuatro cuartetos* de Eliot. En pos de este equilibrio, que siempre he visto como un valor poético importante, parece avanzar la poesía de Francisco León, pues los temas asociados al paso del tiempo, como la angustia y la muerte, aunque presentes en este libro, no logran eclipsar la luz de la mirada, sino que en ella, límpida, se adensa el tiempo y las palabras que exhala el ojo están grávidas de sueño redivivos. “Oh di, poeta, ¿qué haces tú? –Yo celebro” (Rilke).

No quisiera terminar esta reseña sin insistir en mi juicio inicial, reforzado por lecturas sucesivas de un libro que, si bien ha pasado desapercibido en la hora de su aparición, espero vaya ganando poco a poco el espacio crítico que merece. Esperanza fundada, como digo, en la convicción de que estamos ante un conjunto de poemas que constituyen un mundo, una voz, un soplo, sí –nunca mejor dicho–, de aire fresco en el panorama de la poesía española actual.

